AL MISMO,

Dedicándole veinte años despues El Cíclope *que dedicó Teócrito al Médico-Poeta Nícias.*

Es tiempo ya que tu cansada frente
Coronen los laureles del Parnaso,
Y alegre llenes tu dorado vaso
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente
Sigue, por fin, con atrevido paso
Las huellas de Maron y Garcilaso
Pulsando la zampoña juntamente.

El sabio Nícias tu modelo sea
A quien mandó Teócrito su amigo
La que te doy, cancion de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo
El Idilio que en griego me recrea,
Que te deleite en español consigo.

SAGRADOS

HISTORICOS Y MITOLOGICOS

Jesus Resucitado.

—

Detente, por piedad, ¡buen hortelano!
Muévate á compasion mi tierno lloro.
Díme: ¿dónde has llevado mi tesoro?
¿Dó pusiste mi Amor, que busco en vano?

Dí: ¿lo robó tu codiciosa mano?
Habla; montones de diamantes y oro
Puedo pagarte por el bien que adoro:
¡Devuélvelo, devuélvelo, inhumano!

En el exceso de su amarga pena
Rebosando de amor así decia
Al Dios resucitado Magdalena;

Y el que hortelano en su dolor creía,
Con voz celeste, de dulzura llena,
Le respondió mirándola: ¡Maria!

Al Sagrado Corazon de Jesus.

—

I

Corazon de Jesus glorificado
Que por el hombre sin cesar palpitas
En el celeste alcázar donde habitas
Del sempiterno Padre al diestro lado;

Corazon que doquier sacramentado
En la tierra amoroso nos invitas
A trocar por tus gracias infinitas
El que en nosotros late apasionado;

Divino Corazon, yo te bendigo,
Y en penitentes lágrimas deshecho
Al trueque desigual audaz me obligo:

Ven, dulce Corazon, ven á mi pecho;
Y el que en mi seno pecador abrigo
A tu santa mansion vaya derecho.

II

Hallé, por fin, de mi eternal reposo
El lugar suspirado: de mi Hermano,
De mi Padre, mi Rey, mi Soberano,
El corazon hallé, fiel y amoroso.

Separarme de tí ni quiero ni oso;
Quien se acoge á tu seno, busca en vano
Otro refugio igual en pecho humano,
¡Oh de las almas celestial Esposo!

Desfallezco de amor. Con el perfume
Sostenedme, por Dios, de suaves flores:
Llama voraz mi corazon consume.

Cercadme de vivíficos olores
De manzanas de Siria; no me abrume
El dulcísimo Amor de los amores.

JUDAS.

—

De su delito Júdas se arrepiente
El fin mirando de su atroz pecado;
Y á los ancianos va desesperado,
Al ver á Cristo de la cruz pendiente.

"Mancha, les dice, mi traidora frente
La sangre justa que me habeis comprado:
Ella en licor se torne envenenado,
Que sobre vos recaiga juntamente."

Calla: y creciendo su feroz congoja,
Ruge y se tuerce cual airada fiera,
Y loco arranca su áspero cabello.

La moneda fatal al suelo arroja;
Al campo corre do Satán le espera,
Y entrega al lazo su maldito cuello.

SAN SEBASTIAN.

—

Jóven esbelto, con atadas manos,
De augusta faz y angélica hermosura,
Desnudo ved entre la turba impura
Yacer de los salvajes pretorianos.

Atraviésanle dardos africanos;
Sangre tiñe su pálida blancura;
Roja aureola en derredor fulgura
Que deslumbra á los bárbaros paganos:

Con débil pié se acerca vacilante,
Y de oro henchida, á los soldados tiende
Oculta mano, trémula matrona.

Del jóven toca el seno palpitante,
Y al serafin que rápido desciende
Arrebata la mística corona.

LXVI

Judit y Holofernes.

—

¡Silencio, maliciosos! La divina
Gracia á Judit omnipotente escuda,
Aunque al Asirio cubren y á la viuda
Un mismo pabellon y una cortina.

En la mesa del Gefe se reclina
La hermosa Hebrea, y brinda, y lo saluda,
Y seductora en aceptar no duda
La copa que Holofernes le propina.

Con miradas de amor dulce lo halaga,
Y con los suaves trinos de su boca
Más que con vino al Sitiador embriaga;

Mas sin manchar de su viudez la toca,
Solo con sangre del Infiel apaga
El fuego necio y la arrogancia loca.

LXVII

Judit Vencedora.

—

¡Loor al Cielo que al Infiel humilla!
Dentro su propia tienda de campaña
Al Gefe inícuo de la gente extraña
La cabeza corté con su cuchilla.

Dobla, Israél, conmigo la rodilla:
Si negra sangre mis vestidos baña,
De mi viudez la castidad no empaña,
A Dios lo juro, la menor mancilla.

Cuando en busca del Príncipe enemigo
Atravesé el Asirio campamento,
El Angel del Señor iba conmigo.

Él me guardó en el crítico momento;
De sus alas torné bajo el abrigo:
¡Gloria al Señor que me prestó su aliento!

El Sumo Sacerdote a Judit.

—

Deja que bese tus divinas plantas,
Luz de Betulia, de Israél Señora:
Bendita tú, que fuerte y vencedora
De los Asirios el poder quebrantas.

Bendita tú, que el ánimo levantas
De un pueblo á quien el pánico devora:
Agradecido Joacim te adora,
Y te proclama santa entre las santas.

Cual luce entre las pálidas estrellas
De luna llena el disco refulgente,
Entre las hijas de Sion descuellas.

¡Oh madre, oh reina, oh de consuelos fuente!
En el sagrado polvo que tú huellas
Déjame al ménos estampar mi frente.

El Corsario Dragut.

—

Mustia la faz y roja la cabeza,
El labio seco, el párpado caído,
Yace Dragut, á su pendon asido,
Delante la cristiana fortaleza.

El musulman á flaquear empieza
Viendo á su noble general tendido;
Y el moribundo gefe da un gemido
Mirando de su gente la flaqueza.

Súbita suena aclamacion festiva,
Y allá en San Telmo vése de repente
La media luna desplegarse altiva.

Vuelve su rostro el capitan doliente,
Débil exhala un apagado *viva*,
Y hunde en el polvo su marchita frente.

El Condestable Borbon.

—

Ved cuál los muros de la augusta Roma
Ejército corona numeroso:
Al fiero gefe contemplad airoso
Que entre la hueste sitiadora asoma.

Ved cuál la escala formidable toma
Atrás dejando su corcel brïoso:
Miradlo cuál asciende valeroso
Y á bravos mil armipotente doma.

Ya sobre el alto muro, trïunfante
Clava el pendon, cuando arcabuz lejano
Le da alevoso prematura muerte.

El Orbe todo tus hazañas cante;
Pero jamás ¡oh Franco Coriolano!
Patriota alguno llorará tu suerte.

Ulises.

—

¡Sirena deleitosa de los mares!
Bella es tu voz, fascinador tu acento.
Frágil mortal, desfallecer me siento
El eco al escuchar de tus cantares.

¡Apártate! Mis dioses, mis altares
Olvidaré si mírote un momento;
Si á hablarte llego, faltaráme aliento
Para correr en pos de mis hogares.

¡Compañeros, huid! Cerrad los ojos;
Los oídos llenad de blanda cera
Si no quereis de Vénus ser despojos.

Luchar con las Sirenas es quimera:
Quien combatir intenta, halla sonrojos;
Huya veloz quien la victoria quiera.

Ayax.

—

Recibe ufano el elocuente Griego
La fuerte lanza y el divino escudo,
Del Lidiador á quien domar no pudo
Ni brazo de héroe ni femíneo ruego.

Ayax, en tanto, ya de rabia ciego
Ruge feroz ante el concurso mudo,
Ya al triunfante rival mira sañudo,
De las pupilas arrojando fuego.

Desnuda, en fin, con furibunda mano
La espada que trocar en balde quiere,
Y se traspasa el corazon insano.

Sus ojos, al caer, el brillo hiere
De la armadura que fraguó Vulcano,
Y al sabio Ulíses maldiciendo, muere.

Niobe.

—

De tanta prole Níobe orgullosa
A la augusta Latona desafia:
Rayos el Cielo vengador envia
A castigar á la Tebana hermosa.

Sin abatir la frente ante la diosa,
Contempla de sus hijos la agonía;
Presencia inmóvil, con mirada fria,
De sus hijas la muerte congojosa.

Pero la última cae; y su alma fuerte
Doblegándose al fin á peso tanto,
Amargo lloro la cuitada vierte.

Miran los dioses su mortal quebranto,
Y en duro mármol Jove la convierte,
De donde mana inagotable llanto.

VARIOS

LXXIV

Ni pido gloria, ni riquezas quiero,
Ni dominar imperios ambiciono;
Morir desdeño en elevado trono
Llorado del magnate y del guerrero:

Negra sotana al esplendor prefiero;
Del poderoso anhelo el abandono:
Luchar deseo con el rudo encono
De hereje altivo y ateísta fiero.

Quiero buscar del bárbaro un asilo
En medio de selvático follaje;
Vivir allí entre afanes y sudores:

Hambre sufrir y desnudez tranquilo,
Y á manos del indómito salvaje,
Morir, en fin, con hórridos dolores.

Adios a mi ciudad natal.

—

Cava, infelice, tus avaras minas
Cubierta siempre de ansiedad y espanto,
Y con sudor y codicioso llanto
El oro riega, que afanosa hacinas.

Del Arno yo á las márgenes divinas
Mi dulce lira pulsaré entretanto,
O solitario elevaré mi canto
De Roma entre las plácidas rüinas.

A tí tal vez potente foragido
Te arrancará tu espléndido tesoro
Y dejará tu suelo enrojecido.

Yo viviré sin conocer el lloro,
Ni en su furor codiciará el bandido
Mi pobre canto y mi rabel sonoro.

Vuelta al hogar paterno.

—

¡Cómo sufrió mi corazon ausente!
¡Cómo de gozo férvido palpita
Hora que ya mi planta te visita
Bello lugar de mi niñez riente!

¡Tu prado, qué magnífico! Esa fuente
Que el zéfiro gentil süave agita,
¡Cuántos recuerdos en mi mente excita;
Cuántas heridas abre juntamente!

Así, tan puro, su cristal corria
Cuando á la luz de la callada luna
Mi madre sus canciones repetia.

El arroyuelo, el fresno, la laguna,
Todos se muestran á la vista mia:
Solo mi madre..... ¡oh pérfida fortuna!

Adios al Marañon.

—

Antes que en brazos del destino impío
Y desafiando al huracan y al trueno,
Prestados lares en hogar ajeno
Busque á través del piélago bravío;

Recibe ¡oh claro y cristalino rio
Que te deslizas á mis piés sereno!
Recibe grato en tu paterno seno,
(Ofrenda postrimera) el llanto mio.

Y no te asombre ¡oh Marañon! si ahora
Mi corazon agita pena extraña
Y el varon fuerte en tu ribera llora.

Sabe que tu corriente mansa baña
La dulce casa dó mi padre mora:
Por eso el llanto mi pupila empaña.

En la Muerte de mi Padre.

I

No me fué dado ni cerrar sus ojos,
Ni recoger su postrimer aliento,
Ni acompañar al triste monumento
De mi adorado padre los despojos;

Extraño sacerdote oró de hinojos
Ante su lecho en el fatal momento,
Miéntras á Europa me llevaba el viento
De alto deber, no fútiles antojos:

Y cuando me alejaba amarga ausencia
De mi afligido hogar, hirió con saña
Su cansada cerviz letal dolencia.

¡Ah! ¿Por qué de la Muerte la guadaña
No detuvo ¡oh Señor! tu omnipotencia
Miéntras tornaba á mi natal montaña?

II

De frescas flores su funérea losa
Si con guirnaldas á adornar no llego,
Ni las adelfas diligente riego
Que mano fraternal plantó en su fosa;

Mi ungida mano esfuérzase piadosa
Del Purgatorio en mitigar el fuego,
Con el agua lustral, y con el ruego
Que hace á Jesus su Inmaculada Esposa.

Rosas de salmos; blancos azahares
De mortificacion; rojos claveles
De actos de caridad, traigo á millares.

¡Angeles del Señor! Recoged fieles
Las flores que coloco en sus altares
Entre ciprés y místicos laureles.

III

No solo yo su pérdida deploro,
Ni solo el familiar círculo estrecho,
En derredor del mortüorio lecho
Virtió de la orfandad el triste lloro.

Oíd cuál gime agradecido coro
De pobres mil y mil, cuyo derecho
Hizo triunfar con indomable pecho
Quien gloria fué del mexicano foro.

Al ver lucir la funeraria tea
Mirada de inquietud en torno lanza
Desde su templo solitario Astrea:

El manto rasga, rompe la balanza,
La cabellera mesa, el rostro afea;
Que á la vírgen tambien mi luto alcanza.

IV

Dos eran mis amores en el mundo:
Ajeno al brillo, sordo á los placeres,
Mi afecto concentrábase en dos séres:
Mortal el uno, espíritu el segundo.

Hirió á mi padre el golpe furibundo
De la implacable Parca: tú no mueres,
¡Angel Custodio! y desde entónces eres
Unico sér en quien mi dicha fundo.

Mirarte no me es dado; mas yo siento
Que velas tú por mí. ¿Son ilusiones?
Aun me parece respirar tu aliento.

¡Oh centro de mis puras afecciones!
Miéntras yo vivo, á tu celeste asiento
No pretendas volar. ¡No me abandones!

A un globo Aerostatico.

—

¡Símbolo fiel de la fortuna mia,
Ah de frágil papel gigante globo!
Al mirarte ascender, en dulce arrobo
Mi atribulada mente se extasía.

Así entre flores empecé yo un dia,
Cual tú al abrigo del laurel y el pobo,
A inflarme y á subir; y en vano el lobo
En desgarrarme se empeñó á porfia.

Alzarme hasta las nubes quise luego;
Y cuando en alto me juzgaba el mundo,
¡Ay! se extinguió de súbito mi fuego.

Caí precipitado en lo profundo;
Y con el llanto amargo en que me anego,
El monte, el llano y la pradera inundo.

LXXXIII

El Angel de la Fortaleza.

—

Me derrocó el Señor en su justicia
Como al antiguo Job, de mi alto asiento;
Y me tornó en oprobio en un momento
Del pueblo de que fuera honra y delicia.

Me sumergió del mundo la malicia
En piélago fatal de hondo tormento;
Y, presa de profundo desaliento,
Perdido me juzgaba en mi impericia.

Un ángel me tendió la fuerte diestra,
Y volviendo hácia mí su dulce rostro,
Me hizo triunfar de nuevo en la palestra.

¡Espíritu! A tus plantas yo me postro;
De amor, de gratitud, pide una muestra;
Por mi ángel salvador todo lo arrostro.

LXXXIV

La Estrella del Mar.

—

Abrasador el Sol, léjos la orilla,
Boga mi nave por el mar de Atlante,
Y el Angel de la Muerte va delante
Con rojo alfanje, que desnudo brilla.

Lo esgrime vengador; y la amarilla
Asoladora fiebre, en un instante
Al marinero audaz y al caminante
Sepulta sin piedad bajo la quilla.

La gente en balde por socorro clama:
Salir en vano del bajel pretendo,
Y huir del fuego que tenaz me inflama.

Las manos con fervor al Cielo tiendo,
Y la Estrella del Mar su luz derrama,
Y huye á su vista el Querubin tremendo.

"Fallax Equus ad Salutem."

—

¡Señor! Tan solo en tu socorro fio
Para las duras marchas y campañas
Que por desiertos y ásperas montañas
En bien emprendo del rebaño mio.

Ni el Invierno me arredra ni el Estío;
Por tierras propias voy y por extrañas;
Pero si Tú, buen Dios, no me acompañas,
Es vano mi valor, vano mi brío.

¿Qué me sirvió mi fuerza y lozanía?
Cual flor que el viento arranca de su tallo
Dolencia aguda me abatió en un dia.

¿Qué me valió mi indómito caballo?
Cayó al cruzar agreste serranía,
Y por tierra con él postrado me hallo.

Traducciones del italiano.

I

Donceles mil de plácidas maneras,
De heróico porte y de gallardo brío,
El que te vió nacer, fecundo río
Produce en ambas fértiles riberas.

Habla, y la mano te dará quien quieras.
¿Qué no podrá tu garbo y señorío?
Mas no perturbes al esposo mío,
Ni por quien tuyo no es, de amores mueras.

Mira en su dedo ¡oh niña! la sortija,
De la jurada fe místico sello:
A otro amador tu corazon elija.

¡Ay si á tocar te atreves ni un cabello!
¡Ay si en su rostro tu mirar se fija!
Súbita muerte segará tu cuello.

II

¡Blanca paloma, que de amor sedienta
Rompiste el nido, y desviando el vuelo
Senda fatal te abriste sin recelo
Por aire impuro, que áspides alienta!

Cuando empezabas á gozar contenta
Del dulce objeto de tu infando anhelo,
Te derribó sin vida por el suelo
De fiero cazador flecha sangrienta.

¡Tórtolas que saltais de rama en rama,
Presto bajad! ¡Venid, oh mariposas,
Que en torno revolais de ardiente llama!

Ved el cadáver, y aprended llorosas
Que muerte y perdicion Amor derrama
En quien suspira por ajenas rosas.

III

No oréis por ella ¡oh niñas! ¿Qué aprovecha
Verter do ya no está, funéreo llanto,
Si el alma á la mansion de eterno espanto
De su cuerpo al salir, bajó derecha?

Madre infeliz, que en lágrimas deshecha
La tumba riegas de quien fué tu encanto,
¿Por qué en su corazon, de amor no santo
Entrar dejaste la homicida flecha?

Mancebo que al hechizo no supiste
Huir de su mirada seductora,
Luto por ella no, cilicio viste.

Y tú, infernal ministro, que en malhora
Union vedada sancionaste triste,
Su muerte no, tu propio crímen llora.

IV

¡Aun es hermosa! Cual de mármol Pário
Se ve á la luz de osciladora tea,
Y de su cuerpo la esbeltez no afea
El que la envuelve, fúnebre sudario.

¡Callad, profanos! Ved que el incensario
Ante el altar propiciador humea,
Y que al cristiano féretro rodea
La augusta majestad del santüario.

Al precioso ataúd en torno moja
Agua lustral, y fervorosas preces
Mitigan de los deudos la congoja.

Tu fe proclama ¡oh niña! que mereces
Perdon. Llanto oportuno desenoja
A Dios, aunque ofendido muchas veces.

A un General.

—

Sigue blandiendo tu brillante acero
Del malvado terror, gloria del justo,
Con ese brazo intrépido y robusto
Del asesino espanto y del guerrero.

Blándelo, sí; mas no de Marte fiero
El bélico fragor é infando susto
A la mansion de paz lleves adusto,
Ni del rebelde huelles el sendero.

Sírvate solo tu gloriosa espada
Para guardar los plácidos hogares
De la ciudad á tí y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,
Vínculo dulce de amistad sagrada,
Al arrullo estrechemos de los mares.

A Otro.

Hijo á la par de Apolo y de Mavorte,
Del Sur luchando en la lejana tierra,
Al eco de tu cítara, á la guerra
Cual Tirteo, llevabas tu cohorte.

Cantaba en tanto en la Romana Corte
Quien hora alegre, por llanura y sierra,
Su grey dispersa apacentando, yerra
En las fronteras del desierto Norte.

Unidos hoy, do juntan sus corrientes
El Tamesí y el Pánuco, en los mares
Antes de sumergir las verdes frentes,

Colguemos de los sáuces seculares
Lira y zampoña; y tú construye puentes,
Miéntras yo sueño en erigir altares.

A una Dama

Que vendió sus joyas para erigir un altar,
enviándole flores
de Betania y del Monte Sion, el dia de su santo.

No es recogida en la floresta Idalia
La que te ofrezco cándida azucena;
Ni Citera produjo esta verbena,
Ni Páfos la que ves fragante dalia.

Las cultivaron vírgenes de Galia
En Betania, y do fué la Ultima Cena;
Y en la casa de Marta y Magdalena
Para tí las corté, piadosa Eulalia.

En vez de la diadema refulgente
Que al Señor ofrecistes, hoy corona
Con flores de Sion tu casta frente.

La Mártir tutelar de Barcelona,
Cuyo nombre te dió la sacra fuente,
Esta guirnalda virginal te dona.

XCIII

A una niña

En su primera comunion.

—

¡Mariposa gentil, de raudas alas,
De vivos ojos é incesante vuelo,
Qué al arco bello del nublado cielo
Con tus matices seductora igualas!

Díme: ¿qué significan esas galas,
Esa cándida veste y blanco velo?
¿Por qué la vista clavas en el suelo
Y suspiros de amor lánguida exhalas?

—Ya no soy la fugaz mariposilla
Que volaba á tus hombros cariñosa
Del Bravo turbio en la caliente orilla.

Plegué mis alas; me lavó preciosa
La sangre del Cordero sin mancilla,
Y hoy mi Jesus conmigo se desposa.

XCIV

A un amigo

Enviándole mi caballo.

—

Este rojo corcel, bello y ligero,
De raudo trote y gigantesca talla,
No es un bridon de Corte ó de batalla,
Ni regalo de Rey ó de guerrero.

Es prenda de fogoso misionero
Que nunca sufre en su carrera valla;
Que á su Dueño y Señor todo avasalla
Y hasta á través del mar se abre sendero.

Sobre él más de una cerca y más de un foso
Atrevido salvé. De más de un rio
Y más de un bosque me sacó brioso.

Móntalo, amigo; y en recuerdo mio
Guarda, miéntras en Roma yo reposo,
El caro potro que á tu brazo fio.

Al Vespero.

—

¡Estrella de la tarde, astro de amores,
Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano
Luz de Citéres te llamó el pagano
Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;
Y ojo, lumbre, destello soberano
De la Vírgen Deípara, el cristiano
Te apellida, cantando tus loores.

¡Véspero! que del bosque entre las hojas
Mil veces alumbrándome el camino
Calmaste mis afanes y congojas:

Cuando á cruzar el mar voy peregrino,
No ocultes, por piedad, ese que arrojas
Sobre las aguas, esplendor divino.

Al Mar.

—

¡Oh mar! que cuando airado te levantas
Naves sumerges, mástiles doblegas,
Y hoy mansamente á acariciar te llegas
Sobre la arena mis cansadas plantas:

¡Hermoso mar! que al pescador espantas,
Y, aunque la casa do nací no riegas,
Más que mis montes y nativas vegas
Con tu imponente majestad me encantas.

¡Oh mar divino! si á tu númen grato
Ha sido alguna vez el canto mio
En que tus ondas límpidas retrato;

Si no te ofende el júbilo y el brío
Con que á tu seno de lanzarme trato,
Protege ahora mi veloz navío.

En el Mar Pacifico.

—

Llega rugiendo el huracan de Oriente,
Y atravesando la montaña y lago
De Nicaragua, el espantoso estrago
Comunica á los mares de Occidente.

Su fuerte soplo el piélago resiente,
Y alzándose feroz con rudo amago,
Su antiguo nombre de celeste halago
El Pacífico Océano desmiente.

El mismo en tanto, que gentil corona
Otro tiempo tejió de humildes flores
Cogidas ya en Salem, ya en Helicona,

Insensible del ponto á los furores
En la agitada nave himnos entona
Del rayo á los terríficos fulgores.

En la Piramide de Cholula.

I

¿Qué mano tus hondísimos cimientos
Audaz abrió, pirámide famosa?
¿Quién elevó esa cúspide, que airosa
Iguala á los Egipcios monumentos?

¡Oh! ¡De Titan sin duda tuvo alientos
El que erigió tu mole ponderosa!
¿Cubres, quizá, su funeraria fosa?
¿Volaron sus cenizas á los vientos?

¿Dónde nació? ¿De la remota orilla
Del Nilo bienhechor lo trajo acaso
Al Nuevo Mundo ignota navecilla?

¿O por Béring helado hallando paso,
La que aprendió en Babel, obra de arcilla,
Vino á imitar en la region de Ocaso?

II

De la indómita raza de gigantes
Que pretendieron escalar el Cielo,
Vástago soy: al mexicano suelo
Me arrojaron los Númenes triunfantes.

Prófugo y desterrado, fué como ántes,
Otro Babel edificar mi anhelo:
Los túmulos de Céops y de Belo
Apénas son á mi obra semejantes.

Del vecino Volcan la ardiente lava
A recocer la inmensa muchedumbre
De mis nuevos ladrillos no bastaba.

Al Sol entónce arrebaté su lumbre,
Y quise con Popoca y Orizaba
De mi montaña nivelar la cumbre.

Plegaria en la playa.

—

¡Angel divino! á cuya dulce guarda
Confió el Omnipotente estas riberas;
Cuya plegaria, en la region do imperas
Los castigos de Dios templa y retarda:

¡Angel consolador! por quien gallarda
Se eleva entre los cedros y palmeras
Torre que las agujas altaneras
Vence de la Basílica Lombarda:

¡Santo Angel tutelar! por quien mi mano
En la orilla del Mar firme coloca
La combatida enseña del cristiano:

Haz que, partido yo, la furia loca
De las olas y el viento, azote en vano
La Cruz que hemos clavado en esta roca.